

mos la ciudad de Roma en un cerco de saúces y cipreses.

El *non possumus* que el Pontifice ha pronunciado, creen los políticos de hoy que puede comprometer y compromete la suerte de Italia y la paz europea: pero esos políticos se equivocan: lo que compromete la suerte de Italia y la paz de Europa es el desatentado espíritu revolucionario, cuyo influjo gravita con horrorosa pesadumbre sobre todos los países. Parece mentira, dice con justicia un filósofo, que hoy que se acortan las distancias, que los pueblos se acercan, que la humanidad que, cuarenta siglos hace se despidió en las llanuras de Sennar, se congrega y da cita para levantar la Babel de la reunión, como ántes había levantado la Babel de la dispersion; parece mentira que hoy las guerras sean mas frecuentes, los trastornos se sucedan, las revoluciones alteren cada dia la faz de las sociedades, y la civilizacion sea azotada y escarnecida por los mismos que pretenden exaltarla.

### VIII

El Pontificado debe transigir con las ideas del siglo: esta es una bella frase que se escapa de todos los labios y que pocas inteligencias se cuidan de explicar y esclarecer. ¿Cuáles son las ideas del

siglo? ¿Este siglo tiene ideas propias? Así han de plantearse las cuestiones, en vez de emplear el tiempo y la actividad en estéril gimnasia de palabras.

Para nosotros es indudable que este siglo tiene ideas de justicia, de la justicia de todos los siglos, ideas de engrandecimiento científico y artístico, ideas de recta y saludable gobernacion: todas estas ideas acepta, acoge y favorece el Pontificado: hay de ello innumerables testimonios, y no hay la mas leve prueba en contrario: pero si se quiere que la Santa Sede aplauda los movimientos populares que casi siempre toman por blanco de sus tiros la autoridad constituida, que santifique las usurpaciones y asienta con los que perturban la Europa y socavan los cimientos de las sociedades, se quiere un imposible; en este sentido el Pontificado no transige con las ideas del siglo.

Vaya de una vez el argumento máximo: los Papas son enemigos de la libertad. Queremos suponer que se trata de la libertad política considerada á toda la altura de la ciencia del derecho público; no de la libertad de gritar por las calles y de promover motines, como generalmente lo entienden las masas ineducadas; pues bien: la verdadera, la genuina, la noble libertad política, cuyos amantes son los liberales honrados, los liberales en la sana acepcion de la palabra, ni es-

los ignorantes con inextinguible amor; acepta todas las formas de gobierno, es decir, todas las manifestaciones justas del mando y de la obediencia; con todos los sistemas lealmente practicados puede vivir en perfecta armonía, y á todos sirve admirablemente con su ejemplo, y en todos influye con la verdad y pureza de sus máximas.

A los que declaren al Pontificado enemigo de los modernos adelantos de la industria, responde el Sumo Pontífice haciendo al alambre eléctrico mensajero de sus palabras de bendición, fomentando las obras públicas de sus Estados, y fiando su sagrada persona al impulso del vapor.

Persuadido estaba el gobierno pontificio de la conveniencia de introducir saludables reformas, cuando las acometió con vigorosa iniciativa: el giro torcido con que á tan noble conducta correspondieron los italianos, vino á terminar en la desastrosa república que ensangrentó las calles de la capital y armó el puñal del asesino: se dirá: ¿por qué el Pontífice no acomete de nuevo las reformas? La respuesta es muy sencilla: porque el espíritu revolucionario, mejor dirémos, el Piamonte ayudado por los enemigos de la Iglesia, valiéndose de públicas y secretas sugerencias, ha creado en Italia una especie de contradicción deplorable y deplorada entre los intereses nacionales y el Pontificado. ¿Podrá nadie negar que des-

de 1849 el Piamonte, por virtud de sus leyes y sus repetidas vejaciones al episcopado y al clero, se ha puesto en ardiente lucha con la Santa Sede? ¿Y no es igualmente cierto que cuantos de entónces acá deseaban reformas en los Estados del Papa, alababan y enaltecian la conducta del Piamonte? En semejante situación no hay por qué extrañarse de que Pio IX resistió á la idea de reformas indicadas por enemigos del Pontificado, y complicadas con evidentes y funestísimas tendencias anticatólicas.

El divorcio que se quiere establecer entre Roma é Italia es verdaderamente una gran desgracia, como es una gran verdad que ni Roma ni Italia asegurarán su paz interin no cese el divorcio; pero estúdiense los hechos con espíritu imparcial, depóngase toda pasión política al emitir juicio acerca de los causantes de tal separación, y no habrá uno solo de cuantos hombres pensadores tiene Eúropa que atribuya la culpa á Pio IX. Nadie ignora, en efecto, que la ambición sarda por una parte, y la propaganda de los protestantes por otra, y el oro de los judíos á su vez, han creado una situación gravísima en que, no ya la soberanía pontificia es atacada, sino el Pontificado mismo horriblemente combatido.

La idea de una gran monarquía italiana, poderosa rival de las naciones europeas de primer ór-

den, señoreando en los políticos que forman la corte de Turin, y guiando todos sus actos, á contar desde la guerra de Oriente y aun ántes, ha hecho que poco á poco la casa de Saboya, olvidando las mas gloriosas tradiciones, vaya colocándose enfrente de los tronos legítimos de Italia, y lo que es por extremo doloroso, enfrente del trono pontificio, el mas antiguo, el mas indisputable, el mas venerando de todos. Para lograr sus fines, el Piamonte ha tenido que echarse en brazos de la revolucion; y en brazos de la revolucion camina meses hace á merced de los rencorosos enemigos de la Santa Sede.

¿Cuáles son las consecuencias de semejante desgracia? Que en la revuelta Italia se multiplican las sociedades y las escuelas reformistas; que al frente de estas sociedades se colocan los caudillos de la revolucion política; que la guerra toma un matiz religioso muy pronunciado, y que el protestantismo convierte en su pró la sobreexcitacion de los ánimos, el imperio de las pasiones, y sobre todo la ignorancia de las turbulentas muchedumbres, halagando á los corifeos, ébrios de orgullo, y atizando el fuego de la soberbia y de la rebelion con mentidas promesas y con indignas calumnias. En tanto el astuto judaismo aprovecha á su vez, y sobre seguro, la locura revolucionaria.

## CAPITULO VII.

### EL PONTIFICADO Y LOS JUDIOS DE EUROPA.

#### I

El pueblo hebreo, disgregado y esparcido por toda la superficie de la tierra, cumple un destino providencial; desempeña un papel importante en la historia de la humanidad. El pueblo hebreo, tétrico anacoreta de los siglos, marcado en la frente con el estigma del mas terrible castigo, agobiado con el peso de la general reprobacion, arrastra una existencia difícil y misteriosa como un arroyo entre breñas, á cuya orilla no brotan flores, en cuya corriente ni la luna se digna retratarse: y sin embargo, cumple un destino providencial; en él están realizándose las profecias: no tiene patria, no tiene templo. Quitad al pueblo hebreo la esperanza, y os quedará un inmenso cadáver que se mueve: quitad al pueblo hebreo los recuerdos, y os quedará un inmenso colegio de prestamistas y de comerciantes.

tá reñida con el Pontificado, ni tiene hácia el Pontificado mas que motivos de eterno agradecimiento. Siendo la moral cristiana la escuela única donde se aprenden las nociones de la autoridad sin tiranía y de la obediencia sin servidumbre, en vano se intentará presentar, no ya como rivales, pero ni siquiera como poco simpáticas, á la Iglesia católica y la libertad política.

Y es ciertamente una gran leccion en que apenas se medita, que aquellos que mas blasonan de liberales, y mas desvío muestran respecto del Pontificado, sean los que por dar quizá escasa importancia al elemento católico, que es el primero y mas seguro elemento de gobierno, se ven en la dura precision de acudir á los toscos recursos de la fuerza, á multiplicar la policia, y á poner los mas altos intereses de la sociedad bajo la exclusiva proteccion de las bayonetas; esto es, á ser lo ménos liberales posible, á sufocar la libertad política en la red de hierro de los llamados medios de gobierno. No hay nada mas fácil que denominarse liberal, y nada mas difícil que saber serlo. «Yo amo la libertad del pensamiento, y la libertad de la tribuna, y la libertad de asociacion, y todas las libertades; yo soy liberal, y aborrezco la teocracia, y la tiranía, y el absolutismo, y las tinieblas y la reaccion.» Así dicen muchos en Europa; y en fuerza de decirlo se lo

creen: que los eleve la suerte ó la desgracia á las regiones del poder; que los convierta en depositarios de la autoridad, ¿qué sucede? Que la libertad del pensamiento comienza á serles molesta; que la libertad de la tribuna acaba por hacerseles insoportable; que la libertad de asociacion ofrece mil peligros; en fin, que para evitar el extravio de las libertades, esto es, que para defenderse y defender al país contra sus propias doctrinas, tienen tal vez que aumentar la policia, y exigir mayores quintas y comprar algunos cañones: y las pobres muchedumbres, ineducadas se quedan; y las felicidades ofrecidas, en ofrecimiento; y la moral en baja; y las oleadas del pueblo en alza; y la libertad en los labios, y solo en los labios; y los enemigos de la Iglesia en el festin; y el Pontificado en el Huerto de las olivas.

## IX

La Iglesia aborrece todas las tiranías: tiranos han sido los que en la serie de los siglos han hecho guerra implacable á la Iglesia.

Ella condena á los poderosos que abusan de su poder, y á los ricos que abusan de sus riquezas, y á los sabios que abusan de su saber; ella protege á los débiles con especial interes, y socorre á los pobres con maternal ternura, y enseña á